
OSCAR PLAZA

Doctor en Estudios Internacionales

Profesor Gestión Tecnológica

U. Washburn de Topeka, Kansas -EE.UU.

Corrupción estructural: El caso del narcotráfico en Colombia¹

I. INTRODUCCION

Ciertamente el tema de la corrupción ya adquirió rango académico dada la amplia discusión sobre el tema en instituciones de investigación y docencia superior. Este trabajo se inserta en el marco de una tesis general que queremos sustentar. La tesis diría: en sociedades en transición, la corrupción es parte de la ecuación de la transformación social. Un asunto para posterior discusión e investigación sería establecer la naturaleza de parámetro o de variable del concepto corrupción dentro de la ecuación.

Entendemos por sociedades en transición, aquellas sumidas en un rápido proceso de modernización y de cambio de estructuras institucionales fundamentales. En concreto, consideramos dentro de esta categoría a países tales como los del ex bloque soviético y a la mayoría de los países latinoamericanos, dentro de éstos a Colombia.

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a mis largas discusiones con mis alumnos colombianos de la Escuela de Graduados en Estudios Internacionales de la Universidad de Denver durante 1995 y 1996.

Analizaremos el caso colombiano como ejemplo que sustentaría nuestra tesis. Para los efectos estudiamos el origen, naturaleza, e impacto del narcotráfico en dicho país. Estamos conscientes de que este análisis no constituye prueba, pero sí aporta elementos para entender porqué la corrupción, aunque por naturaleza un problema ético y legal, en estas sociedades traspasa esas dimensiones al penetrar de manera amplia y profunda la sociedad toda creando, por consiguiente, una fuerte y desquiciadora presión sobre el sistema político.

II. ORIGENES DEL NARCOTRAFICO EN COLOMBIA

A pesar de que Colombia es un país que desde la Segunda Guerra Mundial no ha sufrido recesión económica alguna y ha sido una de las democracias más estables de América Latina, no ha escapado al fenómeno del crecimiento sin equidad que ha afectado al resto del subcontinente. La llamada Epoca de la Violencia que, desde 1948 a 1958, terminó con la vida de unos 300.000 colombianos, sobre todo en los campos, había legado al país una exagerada migración del campo hacia las ciudades, ejerciendo una presión inaguantable sobre la infraestructura existente en las zonas urbanas.

A principios de la década de los setenta, luego de una relativa prosperidad alcanzada durante las dos décadas anteriores, Colombia se enfrentaba al espectro de una crisis social y económica de grandes proporciones por el creciente desempleo de los recién llegados a los centros urbanos. El desempleo se agudizó dramáticamente en las grandes ciudades: Santa Fe de Bogotá, Cali, y Medellín. Esta última presentaba un índice de desempleo de 15,4%, contra un promedio nacional del 8,0%. Se sumó al desempleo una baja de los salarios reales del orden del 6,0% durante la década.

Al mismo tiempo, el sector manufacturero entraba en crisis. De un crecimiento promedio del 4,7% durante los sesenta y principios de los setenta, bajó al 1,2% en 1978 y 1979. Este descenso industrial fue más marcado en la industria de textiles que por más de treinta años había sido puntal de la indus-

trialización y ocupación industrial en Colombia. Parte de la crisis de textiles se debió a la incapacidad de controlar el contrabando de telas y confecciones que llegaba al país a través de Panamá. Pero en general, los textiles, como toda la industria, difícilmente se ajustaban a una política de gradual apertura a las importaciones y desmonte de la política de protección industrial.

El creciente desempleo y la carencia de una red de protección social condenaron a un porcentaje considerable de la población a defenderse de la apremiante situación por sus propios medios. Es así como muchas personas se procuraron ingresos mediante el ejercicio de actividades ilícitas tales como el contrabando de mercancías desde Panamá y la compraventa ilegal de dólares en el mercado negro.

El contrabando se facilitó extraordinariamente porque a principios de la década de los sesenta, la International Fruit Company, hoy Chiquita Banana, había invertido en extensos cultivos de banano en la región colombiana de Urabá, cerca de la frontera con Panamá. Ya a comienzos de la década de los setenta florecía la exportación bananera colombiana trayendo al puerto de Turbo, en el Golfo de Urabá, grandes tran-satlánticos bananeros, los cuales también servían para transportar otras mercancías.

Por su proximidad a la Zona Franca de Colón en Panamá, reconocido centro internacional de contrabando, la región colombiana de Urabá se convirtió entonces en uno de los conductos favoritos de los contrabandistas de mercancías hacia el interior de Colombia. Contribuyó también al auge de la región de Urabá como entrelace del contrabando el hecho de la gran cantidad de ríos navegables y la abundancia de puertos naturales existentes en la región. Así también las grandes ventajas ofrecidas por el terreno para la construcción de escondidos aeropuertos clandestinos. Cabe notar la importancia histórica de este desarrollo, pues estas actividades son el origen geográfico y humano de la hoy poderosa red colombiana de narcotráfico internacional.

Mientras estos sucesos se desencadenaban en Colombia, en los

Estados Unidos se habían ampliado considerablemente las fronteras del mercado narcoconsumidor a consecuencias de la llamada revolución juvenil de los años sesenta. Inicialmente Cuba y México fueron los principales proveedores de la marihuana consumida como condimento de las reuniones de los grupos juveniles de protesta. La radicalización de la política de desenganche de los Estados Unidos por parte del régimen de la Habana, y los estrictos controles de la frontera con México, creó una ventanilla de oportunidades para que otros países caribeños entraran a satisfacer la creciente demanda del narcomercado estadounidense.

Por su localización geográfica, sus bien establecidas redes de exportación bananera, excelentes condiciones para el cultivo de la marihuana en su región caribeña, y la presencia de contrabandistas en la zona de Urabá y en Panamá, Colombia fue el país que empezó a satisfacer el apetito norteamericano por la marihuana. Sin embargo, este comercio se marchitó pronto debido al masivo desarrollo de cultivos clandestinos dentro del territorio de los Estados Unidos.

Mientras tanto, durante sus frecuentes viajes a Panamá, los narcotraficantes norteamericanos comenzaron a indagar acerca de cocaína. Inicialmente, los narcotraficantes colombianos se sorprendieron ya que Colombia no había sido nunca un productor importante de coca. Al parecer la confusión se debió a que en los mercados consumidores de Europa y los Estados Unidos no se sabe distinguir entre Colombia y Bolivia; teniendo si este último país grandes centros de producción de coca.

Ante la insistencia de los norteamericanos, los narcotraficantes colombianos empezaron a tomar interés en esta nueva línea del comercio internacional. Como fuera de los laboratorios médicos, en ese entonces, la producción de cocaína era desconocida en Colombia, los narcotraficantes colombianos inicialmente hicieron sus primeras ventas con el producto obtenido a través del Ministerio de Salud. Esto fue posible mediante recetas médicas falsificadas o por soborno de empleados del Ministerio.²

² Consultar al respecto Arango Jaramillo, Mario: *Efectos del Narcotráfico en Antioquía*.

Entre tanto, el mercado norteamericano de las drogas transitaba aceleradamente desde la marihuana a la cocaína. Como resultado, los narcotraficantes colombianos empezaron a obtener extremadamente altas ganancias a pesar de lo pequeño de los cargamentos iniciales. Lógicamente, decidieron cambiar de rubro desde la marihuana a la cocaína. Para ello establecieron contactos directos con narcotraficantes de la coca en Santa Cruz, Bolivia, y más tarde con el alto Huallaga en el Perú. Por su situación geográfica y su proximidad a la región de Urabá, la ciudad colombiana de Medellín empezó a vislumbrarse como la sede principal de distribución del nuevo producto dirigido a los narcotraficantes norteamericanos en Panamá. Cabe anotar que Medellín era ya el centro más importante de distribución en Colombia del contrabando proveniente de Panamá.

Es así entonces que la coyuntura que permitió la primacía de Colombia en el nuevo mercado de la cocaína fue la previa relación comercial establecida entre los contrabandistas colombianos y los narcotraficantes norteamericanos en la Zona franca de Colón en Panamá. Inicialmente, el negocio estaba controlado casi en su totalidad por traficantes norteamericanos que recogían el producto en Panamá y lo transportaban en barcos bananeros hacia los Estados Unidos.

La gran rentabilidad del comercio del narcotráfico relegó a segundo plano el negocio del contrabando de mercancías hacia el interior de Colombia. En sus comienzos, el estigma social sirvió de freno para muchas personas dado el carácter ilegal del negocio. Sin embargo, las difíciles condiciones económicas y el desempleo convirtieron el nuevo comercio en el manto protector de quienes no podían hallar sustento en los sectores tradicionales de la economía y de quienes se hallaban menos maniatados por el qué dirán. Fue así como la floreciente actividad del tráfico de cocaína comenzó a ofrecer albergue a personas de toda índole y calaña. Junto con personas de pobre condición económica se incorporaron elementos del hampa tradicional. En general, el enriquecimiento fácil no tardó en convertirse en *vox populi* y su hechizo empezó a desplegar su

presencia sobre todos los estamentos sociales de Colombia.

En los inicios, la participación de colombianos se limitó a poner el producto en manos de los traficantes norteamericanos en la Zona Franca de Colón con sólo esporádicas irrupciones directas en el territorio estadounidense. Cuando éstas ocurrían era generalmente desempeñando el papel de meros transportadores pasivos, conocidos como *mulas*. Sin embargo, el pasearse por las calles de las principales ciudades de los Estados Unidos permitió a estos nuevos comerciantes empaparse y absorber ciertos aspectos de la cultura popular norteamericana, sobre todo el desenfrenado consumismo, que más tarde llegaría a ser como su propio santo y seña. El espíritu empresarial de estos visitantes colombianos se reveló en pleno cuando éstos se percataron de la ausencia de una red establecida de distribución de cocaína en los Estados Unidos debido a que la mafia local, principalmente siciliana, estaba muy ocupada con el negocio de tráfico de heroína.

Fue así como surgió una segunda generación de nuevos líderes del narcotráfico colombiano con mucho mejor conocimiento del mercado internacional, recursos financieros, y audacia. Ellos liquidaron o condenaron al exilio a los pioneros del negocio y abandonaron las limitaciones de la Zona Franca de Panamá para lanzarse de lleno a la conquista directa del mercado norteamericano, lo cual lograron.

Hacia finales de la década de los setenta ya se imponía el control férreo de líderes empresariales de la estirpe de Pablo Escobar Gaviria quien al convertirse en su máximo exponente coronaba una carrera delictual que se había iniciado casi en su niñez como ladrón de lápidas.

Alarmados por el crecimiento en el tráfico y consumo de cocaína, los gobiernos de Colombia y los Estados Unidos iniciaron un intenso programa de represión del tráfico de la droga en las postrimerías de la década del setenta. En 1979 las dos naciones firmaron un tratado de extradición, tremendamente controvertido en Colombia. A raíz de ese tratado fue que Pa-

blo Escobar acuñó su famosa frase «mejor una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos», la cual se paseó por Colombia como arena de guerra de los *extraditables* en su sangrienta lucha contra el estado colombiano durante la década de los ochenta.

III. MAGNITUD DEL NEGOCIO DEL NARCOTRAFICO

Dado su carácter ilegal, es imposible determinar con exactitud el monto total del negocio del narcotráfico. Sin embargo, sobre la base de información indirecta, es posible formarse una idea de las magnitudes. De acuerdo con estimaciones del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, el monto total del comercio de la cocaína en esa nación fue de aproximadamente 50.000 millones de dólares anuales a comienzos de la presente década. Expertos financieros suizos han colocado esa cifra en 90.000 millones. Las mismas fuentes estiman que del total de ingresos generados por el negocio, el 80% se queda en los Estados Unidos y el restante 20% es distribuido entre los demás países que participan en el negocio, principalmente los países de la Zona Andina de América Latina. Las Naciones Unidas han calculado en 300.000 millones de dólares anuales la cifra mundial total del narcotráfico.

La incapacidad de determinar el monto total de la actividad del narcotráfico en los Estados Unidos, donde existen mejores y más sofisticados mecanismos de rastreo de dineros, nos da una idea de la situación en Colombia. Nadie sabe cuánto dinero entra al país por concepto del tráfico de cocaína, lo que sí se sabe a ciencia cierta es que éste es uno de los principales rubros del comercio internacional de la economía colombiana.

De acuerdo con datos proporcionados por el Banco de la República de Colombia, como resultado de transacciones a través de la llamada *ventanilla siniestra*, en 1975 ya entraban al país 465,3 millones de dólares. En 1981 la suma había subido a 1.734,3 millones, cifra que superaba los ingresos generados por las exportaciones de café, las cuales ascendían a 1.200 millones. Es necesario anotar que no todos los dineros contabiliza-

dos a través de la *ventanilla siniestra* eran provenientes del narcotráfico. Muchos de ellos eran el resultado de envíos a Colombia por parte de personas residenciadas en los Estados Unidos y de turistas visitando el país. Pero lo que sí es posible aseverar sin temor a equivocación es que la gran mayoría de esos dineros provenían del narcotráfico.

La llamada *ventanilla siniestra* consistía en una casilla especial en el Banco de la República por donde se canalizaban todas las transacciones de cambio de dólares. Su origen en las medidas de control de cambios implantadas por los gobiernos colombianos durante las décadas del setenta y ochenta. A través de esa ventanilla se podían cambiar, sin que se hicieran preguntas, cantidades que oscilaban entre 100 y 1.000 dólares diarios por persona, dependiendo de las últimas disposiciones gubernamentales. Esa modalidad desapareció con la apertura económica y liberalización de cambios implantadas durante la administración del Presidente César Gaviria (1990-1994).

Otro dato que nos permite visualizar el monto del narcotráfico en Colombia, y suministrado también por el Banco de la República, es que en 1970 las reservas internacionales de Colombia apenas llegaban a 35 millones de dólares. En 1980, después de diez años de pujante desarrollo del narcotráfico y una bonanza cafetera a fines de la década, esas reservas habían aumentado a 4.500 millones.

Estimaciones informales dadas a conocer por la prensa local colombiana los ingresos de la ciudad de Cali alcanzaban, por concepto de narcotráfico, la cifra de 500 millones de dólares durante 1993; cantidad que doblaría los ingresos por negocios lícitos de la ciudad. También según estas fuentes, los ingresos por concepto de narcotráfico eran del orden del 4% del Producto Interno Bruto de Colombia. Esta cifra sería equivalente al doble de los ingresos por exportaciones de café, e igual al total de las exportaciones no tradicionales. Las mismas fuentes colocan la cifra de exportaciones hacia Europa y los Estados Unidos en aproximadamente 50 toneladas de cocaína al mes.

IV. IMPACTO ECONOMICO DEL NARCOTRAFICO

Con motivo de la investigación sobre la presunta participación de los dineros del cartel de Cali en la campaña electoral que llevó a Ernesto Samper Pizarro a la presidencia de la República, se ha tejido en Colombia una colorida colcha de historias sarcásticas. Las más socorridas son las *historias de elefantes* debido al comentario al respecto del Arzobispo Primado de Colombia, Monseñor José Rubiano, quien expresara: «hay ciertas cosas que son imposibles de que pasen desapercibidas, por ejemplo si se le mete a uno un elefante a la sala.» Esta figura metafórica ha pasado a describir el impacto del narcotráfico en la vida económica de Colombia. Por su naturaleza subterránea, se puede negar la existencia significativa de la actividad económica de narcotráfico en la economía nacional, pero por su tamaño paquidérmico no pasa desapercibida.

Uno de los primeros rubros de actividad económica que sintió el impacto del dinero del narcotráfico fue el de la propiedad de bienes raíces. De acuerdo con cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas de Colombia (DANE), para fines de la década de los ochenta, las inversiones estimadas de narcotraficantes en propiedad raíz urbana y rural representaban el 45% del total de sus inversiones. El resto de sus inversiones se distribuiría aproximadamente de la siguiente manera: 20% en ganadería, 15% en comercio, 10% en la construcción, y 10% en el sector servicios y recreación. La mayoría de estas inversiones figuran en el registro público a nombre de terceras personas conocidas como *testaferros*.

El efecto económico del narcotráfico ha mostrado su cara pública en el auge sin precedentes de la construcción de modernos y lujosos edificios residenciales y de negocios financiados oblicuamente con dineros provenientes del narcotráfico. Las modalidades del comercio tradicional se modificaron con la aparición de modernos centros comerciales, y comercio de productos simbólicos de status, especialmente automóviles caros.

Pero, lo que quizás alteró de manera más significativa y pro-

funda las bases de la economía tradicional fue la transformación de las pautas de consumo popular. Joyas y prendas de vestir comenzaron a proliferar sobre las humanidades de personas de bajos recursos, los llamados *negros*. Las nuevas apariencias se complementaban con electrodomésticos, y equipos electrónicos en los hogares humildes de la nación. Como si esto fuera poco, el mundo del entretenimiento y la diversión se robusteció casi al punto de la obesidad con la aparición de modernos restaurantes, discotecas, y clubes nocturnos en todos los rincones de las otrora austeras ciudades colombianas. No es que este fenómeno sea ajeno a las sociedades en transición hacia economías de mercado. Lo singular es que la sociedad de consumo llegó a Colombia con bombos y platillos como corolario de la economía del narcotráfico.

Es importante anotar que ha habido diferencias en la forma en que los carteles del narcotráfico participan en la vida económica de Colombia.³ Por ejemplo, el cartel de Cali se insertó en la dinámica económica y social de su perímetro operacional dirigiendo sus dineros a los sectores productivos de la economía agrícola e industrial, preocupándose particularmente por adquirir la propiedad de bienes de capital. En contraste, el cartel de Medellín tomó una actitud netamente consumista canalizando sus recursos a actividades de consumo y servicios recreacionales. Quizá debido a la naturaleza más volátil y cambiante de estos últimos rubros, el control de los negocios es más difícil. Esto explicaría que el cartel de Medellín llegara incluso a la formación de una organización de tipo paramilitar con tendencias violentistas.

En el campo macroeconómico es indudable que los ingresos del narcotráfico fueron el elemento equilibrante de las transacciones económicas internacionales de Colombia y por extensión del macroequilibrio de la economía nacional. El año 1987 fue uno de los mejores para la economía colombiana, en contraste con la grave crisis de deuda externa en que se debatían la mayoría de los países latinoamericanos. En ese año la

³ Alonso Salazar y Ana María Jaramillo: *Las Subculturas del Narcotráfico*.

ventanilla siniestra del Banco de la República reportó ingresos de 1.200 millones de dólares. Esto en un año en que otros rubros importantes de la economía como el café habían experimentado una gran baja. El entonces Presidente de la Asociación Nacional de Industriales, Fabio Echeverri Correa, llegó a declarar que «el país anda mal, pero la economía anda muy bien.» Esta frase se transformó en una suerte de insignia de Colombia en el ámbito académico de las disciplinas sociales y económicas latinoamericanas.

A nivel macroeconómico se estima que, directa o indirectamente, la actividad del narcotráfico afecta a un cuarto del Producto Interno Bruto de Colombia. Sin lugar a dudas, una actividad económica de esta magnitud condiciona el quehacer económico de la nación en su totalidad. Los efectos económicos son distorsionadores. Por ejemplo, el ingreso abrupto de elevadas cantidades de dinero, debido al narcotráfico internacional, en una economía carente de la infraestructura física y humana preparadas para absorberlas, resultó en una elevada alza de precios internos, sobre todo de bienes no transables, particularmente del bien raíz. La abundancia de divisas y la violencia del negocio del narcotráfico ahuyenta capitales interesados en inversiones de rentabilidad de largo plazo con la consiguiente emigración de capitales nacionales y potenciales capitales externos hacia mercados internacionales más seguros. Con excepción del ramo de la construcción, la abundancia de dinero no ha generado inversiones y empleo productivo de largo plazo para la economía.

La llamada bonanza de *dineros calientes*⁴ no ha logrado mejorar los indicadores de calidad de vida del conjunto de la población. Los nuevos ricos son grupos vinculados directamente al negocio del narcotráfico y los ricos tradicionales han incrementado su riqueza capitalizando ineficientes empresas tradicionales, que languidecían por asfixia financiera, o creando nuevas. Está por verse cuántas de estas empresas, resucitadas o nacidas gracias al dinero fácil, serán capaces de so-

⁴ Salazar y Jaramillo: p. 79.

brevivir a base de su propia capacidad de generación de recursos líquidos. Al final de cuentas, en términos macroeconómicos, el grueso de los ingresos del narcotráfico ha sido destinado a consumo de los sectores más pudientes, tradicionales y nuevos, pero también ha incrementado el consumo de sectores populares mediante una suerte de chorreo natural.

V. IMPACTO SOCIOCULTURAL

Hasta la década del 80, en Colombia predominaban socialmente los valores culturales forjados por un estrato poblacional que se autodenominaba *la gente de bien*, el resto de la población los llamaban simplemente *los blancos*.⁵ Ellos eran criollos que pretendían heredar una forma de vida con raíces hundidas en la España conquistadora. El resto de los estratos sociales lo conformaba una inmensa masa de mestizos y otros grupos étnicos a quienes se les conocía peyorativamente como *los negros*. Hasta los sesentas los ricos de Colombia eran *blancos*, aunque no significaba de manera alguna que todas las personas de etnia blanca fueran ricas, pero a los pobres blancos les quedaba el consuelo de tener, o haber tenido, real o ficticiamente, un familiar rico o noble. Ahí radicaba la diferencia con los negros, pues entre éstos jamás hubo rico o noble alguno, y tampoco, por definición, sino de hecho, podría haberlo habido.

La presencia de dineros fáciles y fortunas súbitas obtenidas en el narcotráfico, produjo rápidamente una dramática movilidad social en la sociedad colombiana. La actividad económica del narcotráfico permitió la entrada en forma masiva en la escena socioeconómica, de un grupo social que por sus características étnicas o sociales provenía en su mayoría de bajos estratos socioculturales. Ésta es la forma como, en las palabras de ensayistas sociales tales como Mario Arango Jaramillo, Alonso Salazar, Ana María Jaramillo, Juan Manuel López Caballero, Antonio Caballero, y otros, *los negros llegaron a ser ricos*.

⁵ Jaramillo: *Efectos del Narcotráfico en Antioquía*.

Armados de su recién adquirido poder económico, los nuevos ricos se lanzaron a la conquista y el dominio de la sociedad colombiana mediante la promoción de sus valores culturales. Esto lo consiguieron poco a poco valiéndose de su extraordinaria capacidad adquisitiva. En corto tiempo en los paraderos de las carreteras se hacinaban suntuosos automóviles de los cuales se bajaban ocupantes vestidos con trajes vistosos y pechos cubiertos por relumbrantes joyas de oro, bellas mujeres trajeadas con las más costosas prendas importadas; ocupantes que por sus ademanes revelaban el bajo estrato social de origen. Esta escena se repetía a diario en otros establecimientos públicos a lo largo y ancho del territorio nacional, en que *el negro* por su presencia ruidosa, carácter agresivo e imponente, y seguridad económica era el personaje central. En contraste, en ese ambiente, *el blanco*, por su vestimenta, automóvil, y consumo frugal, carece de la altivez y firmeza que otrora le habían sido características.

En los campos de Colombia, cercanos a las principales ciudades, empezaron a asomarse a la vista modernas y flamantes casas campestres de veraneo pintadas con colores vistosos. Estas propiedades se hallaban vestidas con el traje del derroche representado por la presencia de amplias e iluminadas canchas de tenis que nunca se utilizan, canchas de básquet, un deporte hasta hace poco totalmente desconocido por estos nuevos propietarios, piscinas construidas con costosos y vistosos azulejos, terrenos para pasear finos caballos, lagos artificiales adornados de cisnes, iluminación espectacular; todo esto rodeado de coloreadas y costosas cercas. Este nuevo rico, tal vez por haber carecido de propiedad o inmueble, lo primero que hace es hacer sentir su poder sobre la tierra, transformando los campos de arado en pulcras zonas verdes, encerradas con mallas metálicas de refulgentes colores. Finalmente, el nuevo propietario le imprime su personalidad a la finca cerrando su entrada con sólida y segura puerta metálica, controlada electrónicamente y vigilada por monitores de televisión. Y quizás, como complemento a su seguridad, *el rico negro* coloca en sitio visible la imagen de su santo predilecto, la más frecuente, la de María Auxiliadora.

Las residencias urbanas, más que hogar, son muestrarios del poder de ostentación. Grifos de oro y mármoles italianos son testigos y guardianes silenciosos de los dólares líquidos guardados en caletas secretas construidas en las paredes. Las paredes se engalanan con la presencia de pinturas y obras de arte cuya existencia misma era hasta hace poco desconocida para sus actuales ocupantes. Los poderosos y sofisticados equipos de sonido y video representan una forma de encarnación de la personalidad estridente de estos nuevos ricos.

El derroche relatado es exclusividad de los capos en la estructura del negocio del narcotráfico. Sin embargo, los protagonistas medianos e inferiores están también afectados de consumismo. Éstos, al no poder obtener suntuosos vehículos automotores, demostraron su recién encontrada solvencia económica paseando a grandes velocidades sus vistosas y ruidosas motocicletas. Su vestuario, si bien no tan fino como el de los capos, era de todos modos lo suficiente estrafalario como para no pasar desapercibido. Sus casas, aunque la mayoría aún humildes, comenzaron a albergar modernos y sofisticados equipos de sonido y video.

El gusto musical y de entretenimiento ofrece, sin lugar a dudas, un interesante punto de confluencia de la cultura del narcotráfico. Sin distinción de rango en la estructura del negocio, todos los personajes de esta actividad económica prefieren la música campesina sencilla, conocida en Colombia como *música de carrilera*. La afinidad por el género ranchero de la música mejicana, es otra de las grandes características en común de estos nuevos actores de la vida socioeconómica. Los llamados mariachis, y la música ranchera, rápidamente se convirtieron en los que amenizaban las principales serenatas colombianas, desplazando con su llegada a las tradicionales tonadas románticas. Dada la afinidad de estos nuevos actores sociales con la diversión y poseyendo la capacidad de pago, ellos mandan la parada. Son sus gustos musicales los que resuenan en los modernos y llamativos clubes nocturnos, y al que no le gusta que se vaya. Pronto un extendido porcentaje de la población colombiana, especialmente la gente joven, se

ha visto envuelta en este torbellino cultural.

El mayor ataque al alma de Colombia, debido a la actividades ligadas al narcotráfico, fue la institucionalización de la violencia. Aparecieron los asesinos pagados, llamados *sicarios*, y tácticas terroristas provenientes del Medio Oriente, especialmente los temidos *coche-bombas*. La década de los ochenta fue la época en que capos, como el conocido líder Pablo Escobar Gaviria, reinaron en la sociedad colombiana mediante el expediente del narcoterrorismo. Esta fue la era de los magnicidios, la era en que colombianos, que otrora conocieran la palabra *sicarios* como una entrada en el diccionario, llegaron a familiarizarse con el rostro macabro del *sicario* al recibir su temible visita en sus propias casas o entre parientes y amigos.

La muerte de Pablo Escobar en diciembre de 1993 y el subsiguiente desmantelamiento de importantes redes de bandas armadas ligadas al narcotráfico, llenó de esperanzas al pueblo colombiano. Hasta cierto punto, esas expectativas se han cumplido ya que los atentados terroristas han disminuido en 95% y las muertes asociadas al narcotráfico bajaron de 30.000 en 1987 a 22.000 en 1995. Este guarismo, comparable al de los Estados Unidos con una población nueve veces mayor, aún deja a Colombia entre una de las áreas geográficas de mayor violencia en el mundo.

Hoy en día, los *sicarios*, anteriormente reclutados y entrenados principalmente por el cartel de Medellín, se han transformado en mercenarios profesionales ofreciendo sus servicios a cualquier postor con dinero inclinado a saldar cuentas por medios violentos. Esta situación ha dado origen en Colombia a una nueva disposición jurídica y publicitaria que explica y cierra los archivos de numerosos casos de violencia simplemente con las palabras *arreglo de cuentas*, permitiendo una suerte de sanción legal a la impunidad. Es así como a pesar del desmantelamiento de los cuadros paramilitares ligados al negocio del narcotráfico, la institución de la muerte violenta como modo de zanjar controversias continúa campeando en la sociedad colombiana.

Los resultados funestos que la violencia del narcotráfico ha legado a Colombia son indudablemente los más temidos y vistosos. Sin embargo, el mayor daño cultural ha sido sobre la ética de trabajo del pueblo colombiano. Los *dineros calientes* han minado en Colombia la virtud del trabajo asiduo y honrado. Con el advenimiento de fortunas fáciles para quienes laboran en la actividad económica del narcotráfico y la deslumbrante apariencia de los nuevos ricos, es difícil la prédica del credo del trabajo duro y perseverante, del sacrificio, y del ahorro para el futuro. Un inmenso número de jóvenes renuncia a los valores tradicionales y a la austeridad y se lanzan ansiosos al mundo del consumo estridente con las consiguientes consecuencias económicas, sociales, y culturales. No por accidente, en una década, Colombia pasó de ser un país exportador a uno importador de alimentos.

VI. CONCLUSION

La bonanza del narcotráfico ha servido a Colombia y a su población un plato agridulce. Los indicadores macroeconómicos se han mostrado lozanos y los equilibrios estables. Esto permitió que Colombia se convirtiera en uno de los pocos países latinoamericanos que fueron capaces de escapar sin cicatrices de los efectos de la crisis de la deuda externa de los ochenta, la llamada década perdida para América Latina. Los *dineros calientes* han mantenido la salud de las instituciones financieras colombianas evitándole así todo atisbo de crisis financiera interna que pudiera haber desestabilizado el ya explosivo balance económico, social y político interno.

En el sector real de la economía, la industria de la construcción se ha beneficiado en forma directa y por esta vía la sociedad colombiana en general al crear gran cantidad de empleo bien pagado. El aumento del consumo y, por consiguiente, de la actividad de comercio y de la industria de la entretenencia también ha contribuido a la difusión de beneficios económicos ha sectores pobres de la población.

Pero en el balance final, el impacto socioeconómico del narcotráfico deja efectos negativos de profunda raigambre cultural. El rápido incremento del consumo, sostenido por la abundancia de dinero fácil, ha hecho que la sociedad colombiana, especialmente en sus estratos jóvenes, perdiera valores de austeridad y previsión económica. Se vive con niveles de consumo, y peor de expectativas, muy por encima de las capacidades reales de largo plazo. La posibilidad de crecimiento estable sin actividad de narcotráfico requeriría profundos y drásticos cambios de la estructura económica e indispensables cambios culturales con las consiguientes repercusiones sociales y políticas.

La subsistencia económica para los colombianos que no están ligados a la actividad del narcotráfico, que es la mayoría, es muy dura. La violencia, que era endémica en el país desde su independencia nacional, ha penetrado todos las áreas de la actividad nacional y se ha transnacionalizado dada sus conexiones internacionales. El daño infligido al alma nacional es lo que los colombianos resumen en la sentencia: «Colombia es el país en que la economía anda bien, pero en que la gente anda mal.»

Creemos que la actividad del narcotráfico permea, de tal manera, la sociedad colombiana que ya no es posible considerar la corrupción que genera como un problema solamente ético y legal. En este tipo de sociedades en transición, la corrupción crea adicción y, como resultado, se enquistada en el cuerpo social de manera que éste es incapaz de funcionar sin ella. Como es del caso con toda adicción, cualquier terapia es tan dolorosa, que la voluntad y fortaleza para sobrellevar la terapia falla una y otra vez.

Cuando la corrupción es permanente y omnipresente pasa a ser connatural al quehacer social y esto le otorga al fenómeno un carácter sistémico que acredita el apelativo de corrupción estructural. Sin lugar a dudas, un sano ordenamiento ético y legal reclama una sociedad libre de corrupción. Sin embargo, la paradoja de la corrupción es que en cierta medida pareciera ser inherente al proceso de transformación social acelerado, y al mismo tiempo, difícilmente se la puede considerar como una institución eficiente para el desarrollo de largo plazo.